

III
ESPIRITUALIDAD CONYUGAL

Como podeis ver, este artículo está escrito por Setsuko Nagashima, a la que alguno de vosotros es posible que conozcais personalmente. Si la conocéis, este artículo no necesita introducción, porque sé que lo leeréis, a aquellos que no la conocéis, sólo me gustaría deciros que ella es una persona realmente sugerente y absolutamente original. Se convirtió al catolicismo en Tokio durante los años que estuvo en la Universidad y con su habitual anhelo empezó a buscar una relación real y profunda con Dios. Sus viajes la llevaron a muchos países, pero en este artículo se ocupa más de su viaje espiritual. Sentireis su profunda ansia de intimidad con Dios en medio de realidades agradables y desagradables. Ella ha experimentado el período de transición de Congregación Mariana a CVX, en sus varias formas, en diversas culturas.

Cuando leáis sus experiencias, las podeis encontrar similares y diferentes a vuestra propia experiencia. Sea el caso que sea, su lectura meditada puede ayudaros a ver vuestras experiencias bajo otro punto de vista, y discernirlas más profundamente. Cualquiera que sea el estilo de vida que sigáis ahora, el descubrimiento de Setsuko puede seros de ayuda para encontrar vuestras respuestas a algunas de las cuestiones básicas de la espiritualidad CVX: ¿Cuál es el manantial de base de nuestro estilo de vida? ¿De dónde viene nuestra vocación? ¿Cómo puede CVX implantarse en una nueva cultura? ¿Cómo hacer que una mujer seglar encuentre su identidad a través de su vocación de vida CVX? ¿Qué es el carácter sagrado del matrimonio y cómo hermanarlo con la espiritualidad CVX? ¿Cómo vive una pareja el sacramento de su matrimonio en las realidades de la vida diaria? ¿Puede una persona estar real y totalmente comprometida a Dios y también a la existencia humana?

Estas y otras muchas cuestiones del mundo son suscitadas en este artículo, no de una forma académica, sino en la vida real, a través de muchas pruebas y equivocaciones. Podeis ver y sentir cómo está luchando Setsuko con estas cuestiones a través de sus largos años de relación con CVX.

Edmund Nemes s.j.

Mis relaciones con CVX empezaron cuando estaba buscando un modo de vida ideal para una joven. Tenía entonces 22 años después de ser bautizada. No estaba asentada todavía en mi recientemente adquirida forma de vida como cristiana. Tenía razón de ser después de la confusión de mi conversión. Mi espíritu estaba lleno con lo que había aprendido sobre los diversos conceptos de Dios en los libros o a través de ciclos de estudio y conversaciones con sacerdotes. Tenía una gran curiosidad por la vida de oración y estaba ocupada en visitar gente inadaptada y hospitalaria.

Cada una de éstas, sin embargo, eran realidades distintas que yo no podía integrar. Sentía desasosiego, inseguridad y desorientación. La fe debía ser la vida misma. No es algo que se pueda aprender en los libros. Mi conclusión fue que mi vida completa tenía que estar "empapada de fe". "Quiero encontrar la vivencia de Dios. Quiero conocer a Dios no sólo teóricamente, ni tampoco como una verdad revelada. Quiero escapar de la cuidadosa protección de mis padres y abandonar mi cultura. Me quiero poner en situaciones donde sentiría la necesidad del amor de Dios".

Mi sueño se realizó medio año después gracias a la generosidad de los sacerdotes que me guiaban en la fe. Fui a los Estados Unidos en barco con sólo 160 dólares en el bolsillo. Viajé desde San Francisco, California; a través de New Jersey hasta Cleveland, Ohio, esperando estar más cerca de Moisés en su encuentro de la zarza ardiente, para así poder encontrar al Dios viviente.

Cuando conocí al Padre Nicholas Rieman s.j., que estaba entonces promocionando las CVX como ayudante de un pastor en una iglesia de Cleveland, yo era pobre en muchos aspectos. Primero de todo, casi no tenía dinero; sólo una pequeña cantidad que había ahorrado ayudando en el trabajo de la casa durante varios meses en New Jersey. Sentía una constante ansiedad frente al futuro porque era una viajera sin destino definido.

Aunque estaba adaptándome sorprendentemente bien a una cultura diferente, cuando estaba cansada quería abandonar esta nueva forma de vida. No podía comprender la utilidad de una cultura que siempre estaba pidiendo respuestas puntuales en términos definidos de sí o no, no dando cabida a ninguna apreciación ni permitiéndote entrar a formar parte de los pensamientos de los demás. Por otra parte, no podía comunicar siquiera una centésima parte de lo que tenía en la mente a causa de mi poca facilidad de palabra. Bajo estas

difíciles circunstancias, llegué a comprender que no había otra posibilidad que abrir mi corazón a la gracia de Dios, amarle con todo mi corazón, toda mi alma y todo mi entendimiento. Me daba mucha cuenta de mi pobreza. No podía darle nada a El. No sabía cómo darme a El. Solamente podía recibir, y de este modo era consciente de mi completa impotencia ante Dios.

A lo largo de mi viaje, advertía que las circunstancias en mi vida se desarrollaban de una forma inesperada, aunque hasta entonces todo me había parecido desesperanzado, oscuro e imposible. Me percaté de que la mano, que me empujaba en forma muy sutil, ahora aparecía delante guiándome. Estaba maravillada de alegría y mi corazón estaba afligido profundamente. Todavía me resultaba difícil "intimar" con el Señor. No podía dirigirme a El como "Tú". Dios era una figura paternalmente generosa y afectuosa para mí, del que siempre podía esperar protección y consideración, pero no podía tener una charla de corazón a corazón con El.

Después de visitar algunas de las principales organizaciones católicas de Estados Unidos, volví a Cleveland e hice los treinta días de Ejercicios Espirituales bajo la dirección del Padre Rieman. Antes solamente había asistido a un retiro de cuatro días. Me preguntaba cuál era el significado de pasar muchos días de mi precioso tiempo durante mi estancia en el extranjero haciendo los treinta días de Ejercicios Espirituales. Yo, sin embargo, no podía salir de ellos todavía, debido a la persistencia de este sacerdote que contestaba todas mis preguntas y argumentos. En estos Ejercicios Espirituales empezó una época de mi vida, marcándome una dirección en muchos aspectos. Hasta entonces, solía tener muchos deseos contradictorios que no podía ordenar. Por una parte, había estado atraída por la vida religiosa, especialmente por la vida contemplativa, desde que fui bautizada. Por otra parte, sin embargo, también quería dedicar mi vida al servicio del prójimo, a encontrar las necesidades de la gente en el mundo. Me atraían ambas formas de vida al mismo tiempo, y me era difícil elegir una de ellas. Simultáneamente a estos deseos, también deseaba casarme y tener una agradable e íntima vida familiar, especialmente porque en casa yo no tenía experiencia de la cordialidad de una vida familiar estable. Una familia agradable era mi sueño desde la infancia. Estas tres formas de vida me atraían con igual fuerza, como si no fueran contradictorias una con la otra. Yo no quería perder ninguna de ellas. "Setsuko, no puedes hacer todas ellas. Tienes que elegir una", me dijo el Padre Rieman.

Tal vez habría querido llevar las tres, hasta que fui consciente del gobierno del Espíritu Santo. Intenté tomar una decisión solamente a la luz de la razón. Podía haber sido voluntad de Dios que eligiera una de ellas. Tal como resultó, elegí una y renuncié a las otras dos, aunque en contré esa elección muy difícil. Dedicarme a seguir una vida sencilla para la promoción de las CVX, fue entonces mi elección. Creí que era el mejor medio que me permitía amar totalmente a Dios.

La razón más convincente para elegir la sencillez de vida fue el siguiente pasaje de la primera carta de San Pablo a los corintios: "El célibe se cuida de las cosas del Señor, de cómo agradar al Señor. El casado ha de cuidarse de las cosas del mundo, de cómo agradar a su mujer, y así está dividido". ¿Cómo puedo abandonarme al Señor que me ha amado tanto y amar a un hombre, una mera criatura? ¿Cómo puede él calmar mi fuerte sed, satisfacer la parte más íntima de mi alma? Quería amar totalmente al Señor, no a medias. Determiné que la mejor forma para mí, era ser sencilla entodo a lo largo de mi vida, porque quería amar a Dios primero y sobre todo. No quería estar satisfecha dejando a Dios en segundo término.

Elegí la forma de vida célibe, pero las lágrimas rodaron por mis mejillas cuando hice esta elección. Mi acompañante dijo: "Esto viene del Espíritu Santo", cuando le enseñe mis notas, en las que había escrito el proceso de mi decisión. Volví a mi habitación me tiré encima de la cama y rompí a llorar. Creo que estaba llorando porque había planeado casarme con un hombre. El cálido recuerdo de su rostro me volvió con los buenos momentos que habíamos experimentado juntos, pero intenté arrojarlo de mi corazón. Lloré toda la noche y a la mañana siguiente toda la inquietud había desaparecido. Me daba cuenta de mi debilidad, por lo tanto supliqué sinceramente ayuda y pedí una paz real de espíritu.

Desde esa día de decisión el Señor llegó a ser gradualmente algo más que una figura paternal para mí. El Señor llegó a ser una persona a la que podía confiarme. Se convirtió en el compañero de mi vida. El me infundía confianza y me tomaba para El. Sabía que era para El un ser humano, una mujer. Estaba muy segura de que no fallaría nunca su amor.

Algunos meses después de los Ejercicios Espirituales, fui a Canadá y estuve en el Leunis Centre en Montreal durante una año y siete meses. El Padre Ludger Brien S.I.

había formado pequeños grupos de católicos, porque creía que las CVX (Congregación Mariana entonces) eran la mejor manera de educar a los verdaderos cristianos. Cuando llegué allí, habían pasado diez años desde su fundación, y había un pequeño grupo de gente que se había comprometido con esta forma de vida. Habían elegido el celibato como una vocación para toda la vida. Cuando llegué allí, habían acabado el edificio sólo gracias a la colaboración de gente diversa; un edificio que servía como centro de la vida en comunidad y donde podían celebrar retiros y encuentros.

Todas las personas que conocí allí eran consideradas y cordiales: todos deseaban sinceramente crecer en fe, esperanza y amor y hacían su trabajo a conciencia. Estaban formados para llevar un estilo de vida que estaba expresado en la siguiente oración:

"Señor, enséñame a hacer todo con sosiego, con cuidado, con alegría, por amor, en unión con María, tu madre y mía".

Aun cuando esto tenía una apariencia de una clase de forma de vida religiosa, me enseñó muchas cosas útiles que me serían necesarias conocer como mujer laica en mi vida diaria. Una de las cosas con sentido que aprendí allí fue la lealtad a las pequeñas cosas y una existencia atenta a las realidades de la vida diaria. Una existencia descuidada para los pequeños temas, comprendí, podía hacerme perder la visión de mi vida, mientras que la lealtad en pequeñas cosas me ayudaría a ser un miembro más útil en nuestra familia humana. Las actividades desempeñadas al azar, sin cuidado ni atención son no solamente imperfectas sino también son realizadas lejos del Espíritu, y al final tienen muy poco valor eterno y llegan a ser una actividad de rutina más.

Cuando elegí, durante los Ejercicios espirituales, llevar una vida sencilla como un miembro de CVX, mi modo concreto de ver la vida no estaba muy clara. Tenía claro que quería contar a la gente el amor de Dios adoptando el mismo estilo de vida que la gente ordinaria, que no tenía una alta posición en la Iglesia. Sin embargo, no estaba segura si las CVX eran el norte de un compromiso de vida y si las CVX podrían llegar a ser una vocación para mi vida entera. Al pasar el tiempo, poco a poco llegué a creer, al vivir con la gente en el Leunis Centre, que estaban comprometidos con las CVX de por vida, que las CVX no es un movimiento sino que pueden ser una forma de vida que merece un compromiso.

El año y siete meses que estuve allí fueron como los días de la vida oculta en Nazaret. Lejos de la cultura japonesa en la que estaba educada, estaba capacitada ahora para ser absorbida por una cultura cristiana en un mundo occidental, experimentando una forma de vida basada en la fe católica. Ingresé en un cursillo de formación basado en los Ejercicios Espirituales, junto con aquellos que estaban comprometidos con la misma vocación. Esta experiencia me preparó para llevar un estilo de vida que no se dejaba al azar o a prueba y error, sino que se basaba en el discernimiento de acuerdo a los Ejercicios Espirituales, dicho de otra forma. Yo era capaz de ordenar mi vida.

Durante los ocho días de Ejercicios Espirituales, se me dio la gracia por la experiencia de la presencia de Dios saborearle y conocerle no sólo intelectualmente sino también experimentalmente. Desde entonces, nunca dudé de la existencia de Dios, tenía un gran deseo de ser Su instrumento, para hacer lo que pudiera, que Dios podía ser más amado por la gente, y que la tarea de Dios se podría llevar a cabo. No podía pensar en otra cosa más sino entregarme totalmente a esta misión en medio de una vida normal en sociedad. Estaba contenta de elegir ser un miembro de las CVX y durante la oración vi de nuevo que la vida de celibato era la única forma de compromiso total. Dios llegó a ser una persona para mí a la que podía llamar ahora "Tú", con el que yo me podía relacionar muy íntimamente, debido no a un empeño humano sino a su gracia.

Mi estancia de un año y siete meses estaba llegando a su fin. Me preguntaba si llegaría a ser un miembro de este centro de CVX y dedicar mi vida entera al servicio en esa comunidad, o si debía volver a Japón. Esta era una elección muy difícil para mí. Me gustaba muchísimo aquella gente y la vida allí estaba bien equilibrada entre la oración y el trabajo. Mi fe, mi vida de oración estaba creciendo en una forma tan completamente natural como el trigo crece con el sol de primavera. Si era voluntad de Dios, pensé, podría volver a Japón con algunos otros miembros de esa comunidad, podríamos empezar algo similar en Japón.

Gradualmente comprendí que había una cosa que me impedía elegir permanecer allí. No podía superar las diferencias culturales que estaba sufriendo, por mucho que lo intenté. La buena voluntad no era suficiente para romper las barreras. En Japón, yo quería empezar de cero. Me daba cuenta que nuestra búsqueda del estilo de vida CVX en Japón no podía empezar con un grupo que estaba educado con la menta-

lidad occidental. Yo valoraba mucho su dedicación no obstante quería empezar desde el principio sin un compromiso o rebajando el nivel que experimentaba allí. Yo no quería ser enviada como una experta que era entrenada en otra parte. Quería empezar de cero junto con algún cristiano en Japón que quisiera buscar conmigo a pesar de los éxitos y los fracasos en la cultura en la que estaba educada. Sabía que el comienzo real de CVX en Japón no sería fácil. Me preocupaba mucho. No tenía ni idea de cómo se realizaría mi misión en Japón, donde no había fundamento para el estilo de vida en comunidad de CVX. Rezé mucho y poco a poco esta ansiedad disminuyó.

Finalmente, llegué a la conclusión de que si era voluntad de Dios, se debía hacer. Dije adiós a mis amigos canadienses, ¡cuánto les quería!, que vinieron a despedirme al aeropuerto. Estaba segura que me apoyaban y que me despedían con un amor sincero. A través de la fidelidad a su misión, me ayudarían en mi misión en Japón.

Después de volver a Japón, pasé un último año muy atareado en la Universidad escribiendo mi tesis de graduación. En algunos meses, sin embargo, un pequeño grupo CVX empezó a funcionar con la ayuda de un sacerdote. No era sólo un grupo centrado en la devoción. La gente que se unió estaba realmente dedicada y comprometida con una vida de apostolado. Nuestra experiencia era un tanteo de CVX. La gente de nuestro alrededor, sin embargo, no siempre nos daba la bienvenida. Tuvimos que cambiar los lugares de reunión dos o tres veces.

Aquel era el tiempo del Concilio Vaticano II, que nos dio el primer Documento Oficial de la Iglesia sobre el Apostolado Laico. La Congregación Mariana cambió a CVX cuya Asamblea Mundial tuvo lugar en Roma en 1967. Yo quería asistir a la Asamblea por todo lo que significaba. Quería participar en las deliberaciones sobre las nuevas direcciones de CVX en las que creía, estaba mi vocación de laica. No tenía idea de dónde podía conseguir dinero para un viaje tan largo. Pedí dinero de diversas fuentes, sin resultado. No obstante, tenía la esperanza de que ocurriera un milagro. Al día siguiente, recibí de mis amigos canadienses un cheque que era suficiente para el viaje completo. ¡Incluso no tuve que pedirselo! ¡Fuí a Roma!

Cuando llegué allí, me encontré en una situación muy extraña. Debido a mi pobre inglés, había una mala interpretación. Llegué a la reunión de sacerdotes directores,

que se celebró un mes antes que la reunión de miembros laicos de las CVX. Llegaron juntos sacerdotes de todo el mundo para una reunión muy importante. Tenían que desarrollar el borrador de los Principios Generales presentados por el Padre Paulussen, y de este modo cambiar las Congregaciones Marianas a CVX. Si recuerdo correctamente, eran todos jesuitas excepto el personal del secretariado. Y era la única mujer y la única laica. No era esperada. Es inútil decir que me sentía muy cohibida.

Después de varias consideraciones, la discusión se centró en el pasaje que trataba de la conexión de los Ejercicios Espirituales con CVX. El borrador decía: "*Nosotros defendemos los Ejercicios Espirituales de San Ignacio como una fuente específica y el instrumento característico de nuestra espiritualidad*". Los principales objetivos eran: se pensaba que sería bastante difícil conseguir la aprobación y cooperación de otros sacerdotes que no fueran jesuitas. El pasaje suponía la falta de universalidad y parecía innecesario pedir mucho compromiso a los miembros laicos.

Gradualmente, estos argumentos ganaron fuerza y muchos convenían en que el pasaje se debía cambiar a "fuente" meramente. Yo empezaba a estremecerme porque sentía algo muy importante sobre lo que ocurría. ¿Cómo podía rebatir los argumentos que podían destruir la base de mi vocación? Nunca antes me había sentido tan débil e impotente. ¿Qué podía hacer frente a tantos sacerdotes jesuitas con tanto conocimiento y experiencia? ¿Cómo podía una mujer joven con mis pobres posibilidades de inglés ser capaz de competir con ellos? Rogué la ayuda de Dios: "*Por favor, dame coraje para hablar. Es el centro de mi vocación, la vocación que tú me diste*".

Cuando estaban a punto de votar, levanté la mano, me puse en pie precipitadamente y empecé a hablar en mi pobre inglés: "*Los Ejercicios Espirituales son la mejor forma para que los cristianos busquen la voluntad de Dios en la vida diaria, y son el centro del estilo de vida CVX. Son el camino hacia la santidad que indican tanto los laicos como los jesuitas...*". Y finalmente grité: "*Por favor, no se lleven los Ejercicios Espirituales de nosotros!*". Los jesuitas no supieron cómo refutar mis afirmaciones. CVX es propio del estado seglar y el único representante laico que tenía voz en esa conferencia estaba abogando por retener los Ejercicios Espirituales. La palabra "específico" se dejó intacta en el borrador.

Unos meses más tarde, tuvo lugar la Asamblea Mundial de CVX (Roma 67), donde se oían mociones para revisar algunos pasajes de los Principios Generales y se expresaba de nuevo la opinión para revisar la frase "fuente específica". No puedo olvidar lo profundamente conmovida que estaba en ese momento. Laicos de cinco o seis países pedían hablar, y cada uno explicó, según su propia experiencia, la gran inspiración y apoyo que los Ejercicios Espirituales daban a su vida diaria. Sus observaciones eran aceptadas con una tormenta de aplausos. El voto estaba tomado y se decidió que "específica" debía quedar intacta en los Principios. Eran los laicos por sí mismos quienes elegían los Ejercicios Espirituales porque experimentaban su efectividad y gran valor en sus vidas diarias según intentaban vivir con arreglo a su compromisos.

Casi al mismo tiempo que se establecieron las CVX, se nombró un nuevo director Nacional para Japón. Era un español y amaba a los cristianos laicos japoneses. Estaba ansioso por formar tantos cristianos seculares como fuera posible que pudieran integrar la fe en su vida diaria, en un país como Japón donde la cantidad de católicos estaba lejos del uno por ciento de la población. Nuestro grupo decidió aportar todo el tiempo, capacidad y energía que teníamos para construir el principio de las CVX en Japón. Yo misma había llegado a tener esperanza en el futuro de las CVX al ver trabajar a mis amigos. Algo parecía ir bien cuando los católicos universitarios, donde estaba enrolada, empezaron a mostrar signos de inquietud estudiantil a fines de 1960.

La inquietud estudiantil que estaba agitando las Universidades en todo Japón fue un punto de cambio en mi vida, también. Cuando la revuelta llega a la mayor Universidad Católica de Japón, donde yo estaba estudiando, sabía que mi obligación como estudiante católica graduada era afrontar todos los desafíos de esa revuelta.

Fuera de mi enojo por el intento de algunos estudiantes de destruir la Universidad que amaba, quería proteger la Universidad y así llegar a estar activa en un grupo. Sin embargo, como la confrontación se prolongaba, empecé a comprender que tenía que aceptar sinceramente ese arduo desafío, así que podríamos crear una nueva visión de nuestra Universidad. De otro modo, toda esa pena y sufrimientos serían en vano. Poco a poco, llegué a ser consciente de un crecimiento de aversión hacia ciertas actitudes y acciones. Yo comprendía que quería justificar casi todas las acciones de la Universidad. Me vi a mí misma como una persona activa

que quería justificar las indulgencias plenarias para los cruzados que estaban masacrando infieles. Al principio, tenía las mismas actitudes que algunos que han hecho una vida de compromiso a Dios y a los que respetaba. Esta gente se oponía a la revuelta estudiantil, y rechazaba a los estudiantes que tenían una ideología distinta de la suya. Nuestras actitudes no eran unas actitudes frías. Estábamos realmente convencidos que teníamos que oponernos a la revuelta estudiantil. Esta intensa reacción contra las áreas perturbadas existía en mí también.

Sin embargo, gradualmente llegué a no poder seguir con esa actitud. Esta comprensión empezó debilitando las bases de mi absoluta e incondicional alta estimación y fuerte creencia en una sencillez de vida dedicada a Dios. En mi desengaño, necesitaba levantar unas bases naturales y vivas en mí en las que pudiera permanecer firmemente. Sentía la fuerza necesaria para volver al dinamismo por sí mismo, como base donde podría encontrar a Dios por primera vez, como cuando no era cristiana. Me estaba desengañando al ver las limitaciones de organizaciones e instituciones que aparentemente no estaban implantadas en la vida real. No quería confinarme a un molde, a un patrón de vida; la llamada de Dios me hacía salir de ese "patrón único" ... No quería estar forzada!

Sentía que estaba lastimada y cayéndome a pedazos. Yo sólo rogaba y rogaba durante horas en la capilla. Después de algunos meses, pedía que se me dispensase de mi voto de celibato. Mi director espiritual me preguntó si había otro voto que quisiera hacer en lugar del viejo. Yo dije que no. Necesitaba volverme a mi Señor sola, lejos del pensamiento ejemplar del ambiente cristiano en el que había sido educada. Quería hablar de nuevo con Dios, que de una forma muy especial era "Tu" para mí, en lo más profundo de mi corazón. Yo quería rogar a Dios de nuevo, cuál era su única llamada para mí.

Más tarde empecé a asociarme con un joven. El era el director de grupo de estudiantes graduados, durante la revuelta estudiantil. Desde el principio se dedicó completamente a las actividades de nuestro grupo. Cuando al grupo llegó a ser inestable, ejerció una fuerte jefatura. Mientras mucha gente de nuestro grupo estaba fuertemente influenciada por la situación existente y se preocupaba sólo de medidas prácticas o efectivas para hacer frente a las diversas dificultades, nunca perdió la actitud de un cristiano que quería comunicarse incluso con la gente que creía en una ideología dis-

tinta de la suya, en un esfuerzo para buscar alguna verdad y luz en sus proposiciones. Yo realmente necesitaba un amigo junto con el que pudiera buscar la verdad y la luz.

Me propuso casarse conmigo un año después de empezar nuestra relación. Le dije que lo quería decidir mediante los Ejercicios Espirituales y fui con gran esperanza a un retiro de ocho días. Aunque no lo esperaba, tuve que enfrentarme de nuevo con la pregunta de si quería amar totalmente a Dios o no. De algún modo empezaba a persuadirme de que no había otra forma que ser célibe si quería amar totalmente a Dios. Sentía como si estuviera desgarrada en dos direcciones diferentes. ¿Era el nuevo sueño encantador de buscar la verdad y la luz con él sólo una ilusión?

Decidí alejar este sueño de mi vida. El recuerdo del encuentro con el Señor durante los ocho días de Ejercicios Espirituales en Canadá volvió intensamente. Me animaba diciendo: *"No es a él, sino a Tí, Señor, al que estoy eligiendo"*. Las lágrimas aparecieron en mis ojos como una marea. Sentía que estaba intentando no ser arrastrada por las olas de la playa en el reflujo de la marea. Parecía como si apagar mi sed fuera algo "demasiado bueno" para mí. Si es voluntad de Dios que renunciara y me separara de él, de buena gana lo haría así... Mi director de retiro no pudo venir durante dos días, y en este tiempo sufrí intensamente tratando de alejarle de mi vida.

Cuando finalmente pude encontrarme con mi director, lo primero que le dije fue que tan pronto como dejara la casa de ejercicios, él me llamaría por teléfono. Yo sabía que no podría decirle que no una vez oyera su voz. Yo quería irme a un convento por algún tiempo, para poder permanecer lejos de él. Le dije que quería escribir una carta a mis amigos de Canadá pidiéndoles que me enviaran suficiente dinero para un billete a Montreal. El sacerdote me miró a la cara, sonrió un momento y dijo: "Conozco bien a tu novio. No pienses en un matrimonio normal. ¿De qué forma crees que puedes aumentar tu amor a Dios, como una mujer soltera o junta con él?". Era una pregunta bastante normal y me sorprendía. Cuando llegó la hora de hacer mi elección, siempre miré el matrimonio o la vida de soltero en un entorno general y no lo consideré desde el punto de vista de mi crecimiento personal, lo puse dentro de mi antigua estructura mental y nunca acepté mi encuentro con él como una bendición de Dios. Comprendo que, en vez de mirar este encuentro con una mente libre, lo consideraba "a priori" como una atractiva y seductora tentación que podría ser un obs-

táculo en el camino hacia la más perfecta "puerta estrecha".

"Mi crecimiento personal sería el mismo en ambos casos". Contesté. Estaba pensando en su ansia en la búsqueda de la verdad y de la luz. Mi director tuvo que percibir la falta de libertad oculta en mis palabras. Me dijo que sus padres eran gente maravillosa, incluso más que él que era un religioso: el camino de la perfección no está limitado a los célibes. La vida de soltero es, en cierto sentido, una llamada tan inusual como el matrimonio con alguien que ha sido educado en una cultura diferente. No es necesario que te cases con él; si te gustan por igual un extranjero y un japonés, sería más natural que eligieses al japonés, que comparte la misma lengua y cultura.

Nunca esperé eso. De pronto un mundo nuevo se abrió ante mí. Había estado intentando alejarlo de mi mente, pero ahora comprendí que no era necesario, y no tuve que luchar contra él. Empecé a pensar libremente en él, aceptándole en su totalidad como el compañero de mi vida.

Cuando salí de la casa de ejercicios, el sol de la primavera me animó. Todo tomó otro color. Incluso quería besar la hierba de la orilla del camino para dar gracias a Dios. Corrí a una cabina telefónica y llamé a mi futuro marido. Con voz tranquila, en un tono confidente, me dijo: *"Estuve rezando en paz, porque sabía que no podías elegir a otro que no fuera yo"*. Dijo esto sin conocer lo que yo había experimentado durante los últimos ocho días.

Nos casamos. Los primeros años fueron como un sueño. Fuimos padres de dos niños y una niña.

Cuando los niños tenían cuatro, dos y un año respectivamente, eran como si estuvieran consumiendo toda nuestra energía limpiando las habitaciones, lavando ropa y pañales, cocinando, lavando platos, jugando con los niños, que parecían estar corriendo constantemente alrededor. Desde mi infancia, amaba a los niños. Solía fascinarme con su encanto.

Sin embargo, me cansaba incluso de estos niños adorables. Estaba exhausta y quería alejarme de todo ello, dejando todo detrás. Me dije a mí misma: no debería ser así. No debería ser así... Recordaba la pacífica tranquilidad, la vida bien planeada que disfruté durante los meses que estuve en Montreal. Podía organizar el día de acuerdo con mi propio programa y distribución del tiempo. Ahora, no podía disponer de tiempo, como yo quería. Cuando empezaba a rezar,

a menudo oía a mis niños llorar después de haberse caído o empezaban a pelear. Entraban sucios después de que limpiaba la habitación. Un pequeño agujero en nuestro papel que revestía la puerta corredera japonesa, poco a poco llegó a ser del tamaño de sus cabezas y, finalmente, lo bastante grande para que los tres entran y salieran!.

Junto con todos estos acontecimientos alrededor mío, poco después de la boda empecé a padecer en lo más profundo de mi corazón una aflicción que no podía compartir con nadie. Era el temor de que podía haber traicionado a Nuestro Señor. Cuanto más pensaba en los dones que había recibido de Nuestro Señor, y cuanto más recordaba la bendición de su presencia, más era mi sentimiento de culpabilidad, de que abandonaba el amor de Dios y elegía a mi marido, se intensificaba y esto sumía mi alma en las profundidades de la agonía. Parecía como si estuviera casada con dos maridos en un acto de deslealtad y traición. Pensando en esto ahora, debo decir que era una trampa premeditada muy cuidadosamente preparada por el Maligno. Gradualmente no podía entenderme ni yo misma. Estaba agotada por el cuidado de los niños y llegué a estar más y más deprimida.

Durante este período, me alejé de CVX físicamente además de psicológicamente. Tenía una buena razón desde que estaba ocupada con el cuidado de los niños. La verdad era, sin embargo, que no podía salvar la distancia entre mí misma, llevando tan pesada carga en mi corazón, y las directrices que entonces señalaban las CVX de Japón. Las CVX de Japón en aquellos días intentaban encarnar el cristiano, y en particular las CVX en la cultura japonesa. Este intento por sí mismo era un paso maravilloso y necesario. Las CVX, no obstante, entonces no consideraban los Ejercicios Espirituales una "fuente específica", probablemente porque intentaban hacer las CVX más fácilmente aceptables por tanta gente como fuera posible. Era bien consciente que además del estilo de vida CVX como una vocación, se suponía que todos los miembros propagaban CVX (establecer pre-CVX). Sin embargo, con todas las dificultades del cuidado de los niños y la angustia de mi corazón no me quedaba ninguna fuerza o avidez para promocionar las CVX.

Más aún, el hecho de que mi marido no apreciaba del todo CVX, me desalentaba muchísimo. Aunque me recomendaba que participara, él nunca lo haría así. Dijo que no podía asociarse a un grupo que rehusaba aceptar los cambios de vida, un grupo donde la gente se reunía solamente para hablar y tomar el té. El no podía creer en algo que no fuera

un compromiso total. Estaba ocupado trabajando para establecer la escolaridad de todos los huérfanos vietnamitas.

Quería compartir con él tantas áreas de mi vida como fuera posible. Yo no quería un matrimonio de dos personas que sólo viven juntas, cada uno preocupado por unos intereses o actividades totalmente diferentes, o un matrimonio en el que uno vive intensamente mientras el otro está desanimado. Desde el principio de nuestra vida matrimonial, deseaba que cada uno de nosotros no sólo respetara la misión del otro sino también que fomentara vigorosamente un ritmo común, una aproximación común para la vida. Juntos decidimos tener un estudiante en casa; juntos empezamos un curso de catequesis en casa. De vez en cuando teníamos una "Jornada de puertas abiertas" y juntos invitábamos a nuestros amigos. Sobre todo la contribución de mi marido a nuestro equipo de trabajo para educar a nuestros niños era verdaderamente notable.

Mi vocación en las CVX, sin embargo, era una parte muy esencial en mi vida, por consiguiente era muy duro para mí no poder compartir mi estilo de vida CVX con él. Si no podía andar junto a él el camino del real crecimiento espiritual, sentí que prefería no proyectar nada en absoluto. Estaba anhelando el día en que mi marido empezara a caminar conmigo en mi vocación CVX pero en realidad me preguntaba por qué me casé con él. Estaba volviéndome más y más irritable y molesta. Estaba buscando algo que calmara mi sed. Quería estar limpia. Pero incluso suspendía la oración como si intentara desafiar a Dios. Culpaba a mi marido por no vivir una vida que yo consideraba que valía la pena vivir. Le hería lamentando que no quisiera poner sus miras en la misma vocación y, descargando todas mis pesadas cargas en él, hasta que tenía alguna satisfacción además de ello. Estaba completamente cansada y muy deprimida.

Un día nos enfrentamos con la crisis más grande hasta entonces en nuestro matrimonio. No podíamos aceptarnos más el uno al otro por lo que éramos. La forma de ver la vida, su gusto, su sentido del tiempo y de la economía, ... todo irritaba al otro. Estábamos desilusionados con una relación que parecía no estar produciendo ningún fruto, ningún crecimiento en el amor. Después de reñir uno a otro en nombre del "crecimiento en el amor" de forma poco amable, nos retiramos a habitaciones separadas.

Yo estaba disgustada por nuestra vida en común. No podía ser de esta forma el matrimonio en la que yo había

estado soñando! Cada día es prosaico y no hay lugar para el romance. Las libres y alegres conductas de mis hijos, que estaban educados en un ambiente muy liberal, produjo una opresión más a mi corazón. *"¿Cuál es el significado de esta vida de matrimonio sin que recemos juntos, asistamos diariamente a Misa, y participemos en CVX?* Era como si yo fuese una santa, si no hubiera nada que hacer con los fracasos de nuestra vida. Llegué a estar más irritada, sabiendo que estaba llena de contradicciones. Deseaba poder abandonar ese matrimonio y empezar una nueva vida. Pero mis niños eran agradables a pesar de su "imposible" comportamiento. ¿Cómo podía educarlos para que no salieran a su padre? ¿Cómo podía ser una madre, sin que mi marido y yo, por nuestro mutuo amor, ofreciésemos el amor que abre el espacio para crecer? Estaba pensando en el crecimiento en el amor y al mismo tiempo ansiando destruir la amplia base del crecimiento en el amor en la realidad de ahora.

Después de unas horas, mi marido llamó a la puerta de mi cuarto y me invitó a la sala de estar. Mi deseo de herir sus sentimientos tan profundamente como me fuere posible había desaparecido ya. Seguí detrás de él, aunque estaba avergonzada de mi falta de espíritu.

El cuarto que había estado desordenado con los juguetes de mis niños estaba en orden. Las velas se quemaban en un bonito hachón. Mi sinfonía favorita, la 6a de Beethoven, estaba sonando. Vertió vino en dos copas que habíamos elegido juntos unos pocos meses antes de nuestra boda. Me ofreció una. Yo no podía sino impresionarme profundamente con su incondicional actitud de amor.

Fue su amor incondicional lo que me dio el coraje necesario para trabajar hacia un único modelo en el "crecimiento en el amor" en la vida de mi marido y mía. Decidí renunciar al profundo apego al modelo de vida que acostumbraba a seguir cuando era soltera.

Por entonces oí que la Asamblea Mundial de las CVX iba a tener lugar en Manila. Lo oí con envidia y tristeza. Mis sentimientos eran similares a los de un antiguo olímpico que ahora estaba olvidado cuando escucha las noticias de que los próximos Juegos Olímpicos se van a celebrar cerca de su hogar. Poco después recibí una carta de Hildegard. Me pedía que diera puntos de meditación para un día durante la Asamblea Mundial.

Yo estaba atónita. ¿Sabía ella mi situación? Quería

esconderme en un rincón e incluso pasar desapercibida. No! Yo no era la que acostumbraba a ser! No obstante, no hubo otro que mi marido que me recomendara muchas veces que fuera a Manila. *"Tienes que ir a Manila para que de nuevo puedas llegar a ser la que solías ser. Ve. En la reunión reanudarás de nuevo tus viejas amistades. Yo cuidaré de los niños"*.

Justo cuando resolví ir a Manila, tropezé y tuve una articulación de la rodilla dislocada. Pensaba que esto ocurrió debido a la fatiga extrema. Cuando oí que el doctor decía a mi marido que yo necesitaba un mes de reposo absoluto, di gracias a Dios desde el fondo de mi corazón. Me alegraba de que podría dormir. Estaba exhausta. Después de que dormí durante algunos días mi corazón se alegró y empecé a sentirme mejor. No reprimí más los deseos y la profunda sed. Me volví dócil y abrí mi corazón. Saqué la Biblia y empecé a rezar de nuevo. *"Incluso si mi elección de casarme estaba equivocada, por favor, Señor, acéptame como soy"*. Puse todas mis miserias ante el Señor. Estaba contenta por estar en una condición miserable y realmente necesitaba Su misericordia. Literalmente no podía caminar.

El estado de mi pierna era bastante serio y el doctor me dijo que tendría que cojear de por vida. Mi marido, con la ayuda de los vecinos, hizo el trabajo de casa y cuidó a los niños durante algunas semanas más.

Pensé que realmente debía renunciar a ir a Manila. Tenía tres niños, lo primero de todo. Ya había hecho que mi marido los cuidara durante algunos meses a causa de la lesión de mi pierna. ¿Cómo podía forzarlo a hacer eso durante tres semanas más, mientras yo estaba en la Asamblea Mundial? Esta era una idea insensata desde el punto de vista japonés. Oí objeciones no sólo por parte de mis vecinos sino también de nuestros padres, tanto los suyos como los míos. Decidí abandonar la idea de ir. Pero mi marido insistía en que fuera: *"Tú eres mi mujer. Te estoy diciendo que vayas. La CVX es tu vocación. Tienes que ir"*. Mi hijo mayor, aunque no realmente no podía imaginar lo que sería tener a su madre fuera tanto tiempo, también me animaba y vino a despedirme.

Las tres semanas en Manila resultaron para mi un nuevo punto de partida en muchos aspectos. Entre otras cosas, viendo a Hildegard de nuevo, tuve una gran experiencia. Ella y yo habíamos tenido experiencias comunes. Ambas habíamos, aunque en diferentes períodos de tiempo, estado en Cleveland, con el Padre Rieman y habíamos vivido en la co-

munidad de Canadá. Entonces volvió a Alemania. Era cuando yo empecé el mismo viaje! Pero qué diferencia más adelante! Yo estuve absorbida por la vida diaria mientras ella se empeñaba en la brillante dirección de la promoción de las CVX, no solamente en su propio país, sino también a nivel de federación mundial. Me estaba sintiendo tan miserable que dudaba en verla de nuevo, aun cuando tenía maravillosos recuerdos de ella. Sus logros eran demasiado grandes para mí y me avergonzaba de mí misma y de mi vocación, que tenía casi abandonada.

Todavía no podía dominar mi fuerte sed interior, así que me dí por vencida. En el último momento, yo había cambiado mi director espiritual en los Ejercicios, un sacerdote experimentado, por Hildegard. Quería afrontar mi más profunda herida con ella.

Dios, fuera de su misericordia, a través de Hildegard, preparó un gran paso para la curación de la herida que me había atormentado durante tanto tiempo. Le abrí mi corazón a ella e intenté ser tan sincera como me fue posible. Le mostré mis notas sobre la elección de una vida de soltero. Entonces sus ojos se pararon en una línea: "... si uno se casa, no podrá amar totalmente a Dios sino con un corazón dividido". Ella dijo sorprendida: "¿Qué es esto? ¿Cómo puedes amar a Dios con un corazón dividido?".

La observación me pinchó como una afilada espada. ¿Qué es eso? ¿En qué estaba pensando? Sentí como si volviera en mí despertando de un sueño. ¿Cómo puede uno realmente amar a Dios con un corazón dividido, verdaderamente? Esta conmoción perduró durante aproximadamente un mes. ¿Por qué yo, que estaba participando en el sacramento del matrimonio, no abría mi corazón a la luz en mi vida? ¿Por qué pensaba solamente en las palabras de San Pablo y en los diversos conocimientos de la Iglesia sobre el matrimonio? ¿Decrecía la sed de Dios de mi alma porque amaba a mi marido? No podía asistir a Misa cada día y hacer sólo parte del trabajo. No podía estar rezando tanto tiempo como quería. La gente alrededor de mí, no por hablar de mis niños, seguía molestándome casi todo el día. Yo estaba molesta e irritada... Pero después de todo, ¿qué diferencia había en esta situación mía que hiciera crecer tanto en amor totalmente comprometido a Dios? Yo amo a Dios con el mismo amor con el que quiero a mi marido, nuestros hijos o nuestros vecinos. Por muy desorganizada que pueda estar nuestra vida, nosotros ofrecemos nuestra humilde casa a aquellos que la necesitan y estamos dialogando sinceramente acerca de comunicar el mensaje de Cristo a la sociedad. ¿Cómo podría decir alguien que el Señor no está con nosotros?

Poco a poco, llegué a comprender, con profundidad, los elementos esenciales de la vocación CVX. Buscando la luz de Dios en medio de la vida compartida con mi marido, y en el mismo centro de mi agitada y desorganizada vida está mi vocación, mi estilo de vida. En medio de las realidades diarias y alrededor mío hay bastante luz para que prosiga avanzando para encontrar a Dios.

Cuando volví de Manila a Japón, compartí con mi marido estos nuevos descubrimientos míos. Sentí que estaba liberada de mi complejo de culpabilidad de que amara a Dios menos por estar casada. Mi vida ya no era un matrimonio con dos, a los que yo llamaba "tu", yo estaba casada con el que puedo amar con la alegría de mi corazón, y junto con él podía dar un gran paso hacia nuestro crecimiento en el amor de Dios. Los dos podíamos aceptar ahora, sin conciencia culpable, la felicidad de ayudarnos el uno al otro a crecer en el amor de Dios.

Mi marido, que hizo todo el trabajo de casa necesario mientras estuve fuera, llegó a interesarse en CVX. Miembros amigos de CVX vinieron a mi vecindario y poco después tres parejas con ocho niños, incluyendo mi marido y yo misma, empezamos con una CVX paramatrimonios. Con el tiempo, esta CVX empezó varias actividades para socorrer un barrio miserable en la India y una escuela en Filipinas. Nosotros estábamos ocupados trabajando en estos proyectos cuando fue elegida Presidenta Nacional de la Federación Japonesa de CVX. Sentí la llamada de Dios en esta elección. No era ni siquiera candidata, ni estuve presente en la reunión en que tuvo lugar la elección. Por otra parte, la elección se hizo después de un largo discernimiento en oración de los participantes. Era consciente de que una nueva vida estaba empezando para las CVX japonesas. Vi que mi misión era ser piedra de paso para traer un cambio. Las CVX en Japón en aquel entonces eran un movimiento de cristianos ansiosos que seguían a un sacerdote - director consagrado. Las CVX eran una especie de compañerismo de jóvenes que estaban todavía un poco con la disposición de estudiantes y tenían que seguir unas directrices porque no sabían estar por sí mismos como cristianos adultos. Mi sueño era hacer CVX de adultos con una vida de compromiso, que puedan tomar decisiones maduras por sí mismos. La única manera de hacer esto era volver a los Principios Generales, es decir, clarificar que los Ejercicios Espirituales son una "fuente específica" de nuestro estilo de vida CVX.

Este paso era un difícil y arduo proceso por muchas causas. Por ejemplo, yo misma tenía muchos defectos y limitaciones. Pero por otra parte, estaba la dificultad de la

mentalidad de la jerarquía de la Iglesia, la forma de respetar los sacerdotes, y la dependencia de la gente de aquellos "sobre nosotros" en una mentalidad profundamente arraigada en el vertical sistema social japonés. Asimismo cada miembro CVX concebía el grupo de una manera propia y se veía identificado diferentemente en CVX. Desde aquellos que acababan de ingresar en CVX hasta los que habían estado activos durante más de diez años, se consideraba a cada miembro igualmente, con iguales derechos en la votación. Las decisiones se tomaban por acuerdo de la mayoría de una forma democrática.

Necesitamos más tiempo para evaluar nuestras actividades y los variados problemas que habíamos tenido en los pasados años. Al final de mi arduo y tortuoso mandato, lleno de pruebas y errores, estaba realizando un nuevo armazón para las CVX. Un nuevo sistema se adoptó en la reunión de la Federación Nacional. Este era adelantarnos desde la etapa de adolescentes a la etapa de adultos. En esta ocasión, nuestra Federación tuvo un nuevo Asistente Eclesiástico y se eligió un nuevo Presidente Nacional.

Mi marido, que había compartido mi trabajo de intentar empezar nuevas actividades en las CVX y que me apoyaba encargándose de nuestros niños (de cinco, tres y dos años), era una gran ayuda para mí, especialmente en la última reunión de la Federación Nacional. Por aquel entonces, él cambió su actitud y empezó a asumir el estilo de vida CVX como su propia vocación, no sólo ayudándome a causa de nuestra relación. Comprendió que es penoso crecer, pero como él dijo, ha llegado a convencerme que una vocación con la que podría aceptar este trabajo debe ser una vocación real. Desde entonces hemos estado verdaderamente unidos y hemos compartido la vocación del sacramento del matrimonio y las CVX como nuestra misma vocación común.

Rezar juntos... ¡cuánto he estado esperando esto! Para nosotros, el retiro en la vida diaria (la diecinueve anotación) verdaderamente nos ayudaban a profundizar en nuestra relación incluso más que el retiro hecho por separado. Nuestros ejercicios tenían lugar a las 10, después de que nuestros niños se fueran a la cama. Este era el único momento que podíamos estar solos juntos. Cuando meditábamos o compartíamos lo que habíamos meditado durante el día, dábamos gracias a Dios por la alegría de un matrimonio cristiano tanto si la oración estaba llena de consuelo o de desolación.

Gradualmente, llegamos a comprender y apreciar, cada vez más, que la vocación del matrimonio y la de CVX se complementan una o otra. Estuvimos por un Director Espiritual que el Señor nos envió en ese tiempo. Nos ayudaba a que nos

diéramos cuenta de lo mucho que podemos enriquecernos el uno al otro compartiendo nuestros sentimientos, y debido a esto podemos apreciar la riqueza de la unidad de nuestros corazones. Como podía dialogar con mi marido no sólo a un nivel racional de intercambio de ideas, sino intentando identificarme con los profundos sentimientos del otro empecé a experimentar una curación, paz y apertura real a través de nuestros diálogos. Al mismo tiempo, mi relación con Dios llegó a ser más íntima y a través de nuestra íntima e intensa relación, yo sentía que poco a poco estaba llegando a ser más y más libre, más liberada de mis complejos precedentes y sentimientos de culpabilidad.

Junto con estos nuevos conocimientos, a notar que el esquema de mis valores cristianos estaba regido en gran parte por la palabra "debería", y que esta actitud mía estaba perjudicando la libre expresión y apreciación de las riquezas de nuestro amor conjugal. También comprendía la causa de mis ideas preconcebidas y actitudes inflexibles. A menudo buscaba en mí misma y en la profundidad de mi corazón que quería cambiar a mi marido de acuerdo a mi imagen y semejanza. Esta comprensión fue una experiencia muy esclarecedora para mí. Poco a poco pude ser más natural y abierta en la relación con mi marido. Cuanto más natural y abierta era en mi relación con él, más abierta era mi relación con Dios también. Comprendí de una forma clara que mi crecimiento espiritual, mi conciencia de estar curada, en resumen, mi salvación, llegaría por la apertura de mi corazón sólo a lo que experimentaba, sin intentar esconder nada y mirando al Señor y a mi marido con una actitud incondicional.

A menudo he estado cansada y desilusionada por mi vida sombría, prosaica, pero el brillo de la joya que está escondida en tal vida está en la riqueza de la vocación de CVX, ello es la vocación del sacramento del matrimonio, que me permitió apreciar esta riqueza. Mi gran esperanza ahora es, que junto con mi marido, en la alegría y en la tristeza, en la miseria y en el sufrimiento, en las desilusiones y esperanzas de nuestra vida diaria, llegaremos a conocer a Dios cada vez más, que creceremos juntos saboreando y dando gracias a Dios por las riquezas de las joyas que por El se han dado. Nuestra esperanza es que la gente amará al Señor a través de nuestras resplandecientes joyas, a través de nuestro sacramento y que podremos admirar y saborear la riqueza del Señor en nuestra pobreza y fragilidad.

Damos gracias a Dios!

Separación de lo "santo" y lo "secular"

El Señor Jesucristo, a través del misterio de su Encarnación, enseñó que el amor a Dios y el amor a los seres humanos no se pueden separar. ¿Cuándo empezamos a separar el amor a Dios del amor a nuestros hermanos, lo clerical de lo laico, lo santo de lo secular, considerando lo uno superior a lo otro? Tendemos a olvidar que Cristo hizo todas las cosas santas. Somos miembros de Cristo y todo pertenece a Cristo. Separando a los cristianos, sólo se refleja la ausencia de fe que debería estar arraigada en la comunidad. Esta mentalidad estaba muy extendida hasta el Concilio Vaticano II. En la Iglesia Primitiva, el sacerdote y el creyente eran llamados "Laos" (gente de Dios). Vivían juntos y trabajaban como un equipo en una comunidad, compartiendo el sacerdocio de Cristo y la vocación de apostolado que se daban a través de los sacramentos del bautismo y de la confirmación. Como escribió San Agustín, *"Jesús nos incorpora en Sí mismo, nos hace sus miembros para que nosotros seamos también Cristo. Por eso la unción que hace rey y sacerdote pertenece a todos los cristianos"*. Jesús nos invita a todos a santificarnos. Tanto el religioso como el laico, con diferentes funciones en el Cuerpo Místico de Cristo, estamos llamados a la misma vocación, a la santidad.

Sin embargo, después, la tendencia a separar lo clerical de lo laico hace a los creyentes dependientes de los sacerdotes, incluso en materias a las que no han sido llamados: nos falta capacidad de respuesta como personas laicas maduras al seguir la llamada a la santidad. Nuestra Madre Iglesia ha estado pidiendo laicos para desarrollar esta espiritualidad laica especialmente desde el Vaticano II. En un reciente Sínodo, incluso se publicaron algunas orientaciones para ayudar a desarrollar una espiritualidad *"que debería no ser sacerdotal ni religiosa ni monástica sino enteramente laica"*.

En lugar de desarrollar una espiritualidad laica a partir de nuestras propias vidas diarias, en lugar de cavar nuestra tierra como parejas casadas y miembros adultos de la sociedad, tendemos a conformarnos al modo de vida de los sacerdotes y religiosos como si éste fuera la única forma de vivir la plenitud de la vida de Cristo. Esta tendencia va acompañada muy a menudo por el descuido de una apropiación completa del misterio del sacramento básico de matrimonio.

El camino en el que se encuentran los dos

Una vez viajé por Nazareth, cuando era estudiante. Un sacerdote franciscano que conocía todos los episodios de la ciudad de Nazareth, me la enseñó. Sobre todo, me interesó el túnel subterráneo que unía el taller de José y la casa de María. El sacerdote dijo, sonriendo, que alguien había pensado en el túnel con sentido del humor y lo construyó. Aunque ahora la entrada estaba cerrada, él había explorado una vez y encontró que realmente conectaba los dos lugares. Se divertía bastante y reía. La confusión que vino sobre mí cuando oí esta historia reflejaba muy bien la clase de fe que tenía. ¡Qué acto tan mundano cavar tal túnel en un lugar tan sagrado! ¿Cómo se puede hablar de amor sobrenatural en términos de amor humano?...

Ahora, dieciséis años después, me encantaría en medio camino en el túnel, después de haber salido de la habitación de María con una vela en la mano y que mi marido hubiera salido del taller de José con una vela en la mano. En ese momento del encuentro lleno de alegría, experimentaría la misma alegría que podía haber sido compartida por María y José.

Es algo extraño que en la historia de la Iglesia católica apenas encontremos canonizada gente casada, que muriera cuando estuviera casada y no sean mártires. ¿Por qué sólo hay unos pocos que están canonizados a causa de vivir el sacramento del matrimonio? Uno casi podía decir ningún santo canonizado "a pesar de estar casado". Esto es realmente lamentable porque la mayoría de la gente quiere seguir la llamada de Dios en un modo de vivir ordinario.

El penoso proceso que pasé antes de casarme empezó a mis veintitantos años, cuando conocí al hombre con el que más tarde decidí casarme. Para mí, elegir el matrimonio era el elegir mi vocación. Sin embargo esto no era en absoluto fácil. Era un proceso bastante penoso, lleno de muchas pruebas y errores. El sufrimiento duró incluso bastante después de la boda, porque tenía una conciencia culpable. En un rincón de mi mente había elegido no amar a Dios al casarme. Aunque realmente sentía la cercanía de Dios y su infinito amor en mi vida diaria, no me podía liberar completamente de un complejo de culpabilidad. Esto era experimentar una espantosa angustia para la que sentía que no podía encontrar solución. No podía encontrar la armonía entre mi corazón, que intentaba apreciar el valor del sacramento del matrimonio, intentaba disfrutar su riqueza incondicional-

mente, y mi mente saturada de una mentalidad antigua que no podía ponerse al mismo nivel que mi corazón. Mi mente tendía a presentar el goce completo de esta felicidad en nuestro matrimonio. No quería aceptar el matrimonio como mi vocación. Sentí que cuanto más amaba a mi marido y a mis hijos más seglar me volvía para alejarme más de una forma de vida sobrenatural y religiosa. Temía que estaba haciendo sólo la segunda cosa mejor frente a Dios, quien es todo generosidad y todo darse.

El amor como un oasis

Siempre me daba cuenta de la riqueza de la realidad del modo de vida matrimonial, y sin embargo este sentimiento no era integrado con mi mentalidad antes descrita. Mi mentalidad de que el matrimonio era sólo la segunda mejor estaba cultivada por libros e instrucciones que recibí en la Iglesia, cuando me convertí católica, cuando era estudiante universitaria.

Un ejemplo de mi conciencia de la rica realidad de la vida matrimonial fue mi experiencia con los Crowley, una familia con la que estuve en Chicago. Eran para mí algo así como un oasis en el desierto. En aquellos días había tres o cuatro estudiantes extranjeros, de lugares como Africa o Japón, que vivían junto con la familia Crowley que entonces eran cinco. También vivían con ella una anciana disminuída que ayudaba al trabajo de la casa. Cada miembro de esta pequeña comunidad de unos diez miembros podía comportarse libremente. Todos nosotros nos sentíamos realmente en casa. De algún modo, había siempre sitio suficiente para dos o tres huéspedes más.

Vi como el amor conyugal podía realmente ser el fundamento de la vida comunitaria. Los dos irradiaban amor. La forma con que ellos se relacionaban con la gente que les rodeaba, el afecto, el considerado y completo cuidado, tantos signos de amor genuino me convencieron de que en y a través del amor conyugal se podía sentir el amor de Dios, y de que ellos eran capaces de dar tanto amor porque realmente amaban a Dios. La comunidad que formó la pareja por su amor matrimonial incluía a un sacerdote de Africa, a un hombre de negocios de América Latina y a mí del Japón. El fundamento de nuestra profunda, cordial vida comunitaria era el amor que los Crowley se tenían el uno al otro. Eran capaces de amarnos tan profundamente porque su amor a Dios era tan fuerte y operativo en sus vidas. El amor que com-

partían como marido y mujer nos enriquecía a todos. Su modo de la vida nos enseñó que el amor a Dios y el amor del uno al otro es una realidad inseparable. La unión del amor conyugal y el amor a Dios realmente me llegaron mientras estuve con los Crowley. Debería haberlo recordado más a menudo.

El amor conyugal y el amor a Dios

Mirando hacia atrás ahora, después de once años de casada, parece que Dios nos ha estado enseñando continuamente a través de nuestro sacramento del matrimonio. Me costó bastante tiempo entender lo que Dios quería decirme. Los Ejercicios Espirituales de ocho días que hice hace tres años fueron un paso importante en el largo proceso de curación que tuve que sufrir. En aquel tiempo estaba completamente liberada de las dudas que habían permanecido en mí durante años incluso después de casarme. Llegué a comprender la verdad de que amar a tu esposo totalmente es amar a Dios totalmente. Uno ama a Dios tanto como ama a su esposo. Mi director espiritual me decía una y otra vez: "*Si el matrimonio te impide amar totalmente a Dios, este será en sí un pecado: la vida sin relacionarse con los demás no existe más que para los ermitaños. la forma en que uno ama a los que le rodean revela el modo en que uno se relaciona con Dios.*" Amo a Dios en la medida en que amo a mi marido... Cuando llegué a comprender esto totalmente mi herida cicatrizó totalmente.

La comprensión de esta verdad es el fundamento de mi vocación CVX. Sin embargo uno continúa activamente con su apostolado, asiste a Misa diariamente, lee la Biblia, participa en retiros o sólo si uno relata lecturas inspiradas, si uno ha hecho "actividades privadas" y no en compañía de su consorte, estas actividades santas no proveen en fundamento necesario para un crecimiento fructífero como pareja. Dios está en el amor de dos personas a las que El ha unido en su sacramento. Si uno de los esposos no está ansioso de profundizar su relación y se concentra en su actividad, la fe de la pareja se empobrece. Los prejuicios, críticas, intolerancias y cansancio llegan a ser algo normal en la vida del matrimonio. Es como si uno continúa remando su barca desesperadamente usando sólo un remo, incluso aunque conozca el destino y la ruta.

El siguiente estilo de vida se encuentra todavía en las vidas de algunos católicos: una pareja católica muy ferviente decide dedicarse a servir a su parroquia. El marido trabaja

en la asociación de San José para hombres y la mujer en la asociación de Nuestra Señora para mujeres. Hombre y mujer pertenecen normalmente a distintas organizaciones parroquiales o diocesanas y naturalmente trabajan por separado como los religiosos y religiosas en la Iglesia, siguiendo un tipo de vida monástica. Pienso que es lamentable que raramente encontremos parejas casadas pertenecientes a la misma comunidad. De este modo, se enriquecerían las familias y las comunidades en la Iglesia. Esta es una razón por la cual no enriquecemos a la sociedad lo suficiente con la Buena Nueva que tenemos. Por otra parte, la asociación de San José a menudo asume la dirección en la parroquia y la de Nuestra Señora adquiere un papel secundario, preparando una tómbola benéfica o haciendo pasteles. Estas asociaciones parecen que están organizadas para repartirse las funciones y actividades más que para compartir la fe en la vida diaria. Esto es bastante distinto a San José y Nuestra Señora que llevaron a cabo una misión común. Estas organizaciones parroquiales, de las que las parejas jóvenes quieren compartir lo más posible con el otro y llevando a cabo esta participación en sus diversas actividades comunes como marido y mujer juntos, como miembros de la Iglesia.

Este ejemplo, que es frecuente en diversas organizaciones católicas, está todavía presente en las CVX. En algunos países la gente casada se divide en grupos de hombres y grupos de mujeres. Estos grupos tienen sus propias reuniones por separado. Más aún, incluso en el caso de un grupo abierto a ambos sólo el marido o la mujer asisten a las reuniones. Por supuesto hay situaciones comprensibles como el cuidado de los niños, cónyuges de distintas creencias, etc. Sin embargo en tal caso, los miembros son personas que se han casado. Así, la mayoría de los elementos básicos de sus vidas en el sacramento del matrimonio o vida familiar tiende a excluirse de las CVX. Carecen de ayuda para tener una prolongación de la participación de la fe en sus vidas diarias. El resultado puede ser un "Jesús y yo" muy individualista espiritualmente. La Iglesia podría ser más rica si dieran testimonio juntos del amor que comparten. En el caso de que uno sólo de los esposos participa en CVX, cuanto más profundo es su compromiso, más amplia es el área que ambos no pueden compartir. Y así volvemos de nuevo al ejemplo del bote de un solo remo, a no ser que los dos realmente intenten con fuerza compartir de algún modo esta preciosa parte de sus vidas, que no experimentan los dos juntos. Conozco muchas parejas que se esfuerzan mucho en compartir lo que uno de ellos ha experimentado, verdaderamente reciben una recompensa en estos casos.

La presencia de Dios en el sacramento de matrimonio

La base de CVX sólo como vida de fe lleva a una vida comunitaria en la familia, y de este modo su crecimiento completo depende de la total realización del sacramento del matrimonio. Si la relación entre hombre y mujer se basa en el diálogo que viene de compartir completamente sus vidas, si cada uno de ellos "apoya" y "desafía" al otro de forma que puedan crecer juntos, surge en su relación un poder superior a su propia fuerza. Cuanto más profunda, más íntima es su relación, más se enriquece su matrimonio y mayor es la presencia de Dios en su relación. "Si nos amamos, Dios vive en nosotros y su amor nos perfecciona" (I Juan 4, 12) y llega a ser una realidad viviente en el amor de los esposos. Los dos ya no son dos personas sino una sola, a medida que participan de la riqueza de la Trinidad y comunican su riqueza a los de su alrededor, sus horizontes se ensanchan y su amor es más libre y más abierto al mundo.

Al amor conyugal crece sobre la base de la comunicación, especialmente del diálogo. Hacer la comunicación entre los dos más íntima, sincera, clara, delicada, profunda y libre... es la madurez del amor conyugal. La comunicación no es solamente la expresada con palabras refinadas, sino también la no oral. La forma de mirarse con una mirada fija, la forma de escuchar atentamente, el modo de vestirse, una flor en una taza, un plato, la forma de cerrar la puerta, ir cogidos de la mano, todo ello expresa lo que hay dentro de su corazón.

La comunicación oral, arrancando del poder de las palabras, "gracias" al intercambio de información, entendimiento e interpretación, la participación en los intereses intelectuales, ideales y objetivos de vida, y el desafío y soporte para ellos... puede ser logrado con los años si los dos son aficionados al diario.

Eso es lo que enriquece su relación en un sentido real en la vida diaria, es el sentido de unión que viene de la sinceridad y profundo desafío de los sentimientos mejor que lo que y cómo piensan y juzgan. La verdadera comunicación no significa tener un control, sino tener una buena impresión del otro.

Es fácil compartir los sentimientos positivos pero no es fácil hacerlo con los negativos. Sin embargo, no podemos construir las relaciones conyugales, como el punto original de relaciones humanas y la comunidad verdadera, a menos que

podamos ser sinceros incluso con un nivel emocional y no solamente en lo intelectual. Si a menudo en la vida matrimonial sucede que experimentamos frustraciones, desalientos en nuestra relación había varias formas de comportamiento en este caso. Uno es guardar silencio en lo que respecta al cónyuge y sin tener miedo de herirle. Otra es compartir los sentimientos negativos francamente y abrirse al otro. El primero parece más pacífico pero en realidad es un escape, y para mí indica una falta de confianza y sentimiento de libertad que va más allá del miedo a herir al otro. La inquietud se acrecentará poco a poco como decisiones que surgen entre los dos y que ninguno quiere tratar, es una actitud de monólogo, más que de diálogo, y en efecto, tantas "parejas agradables" permanecen en este nivel.

Sólo el segundo es el camino del verdadero encuentro y de la verdadera reconciliación. Sin embargo, hay peligros si el encuentro llega a ser un enfrentamiento entre uno y otro cónyuge. Los dos necesitan reunirse con el espíritu de la oración profunda. Si los dos pueden abrir sinceramente sus corazones y son capaces de avanzar a una más profunda unión sin permanecer en una actitud desafiante a pesar de las heridas y ofensas... eso no es algo que nosotros, llenos de debilidad, podamos hacer solos. Si somos capaces de aceptar al otro como somos, después de un conocimiento de todas nuestras diferencias y limitaciones, esto es, mediante la apertura de nuestro corazón a la gracia de Dios. En ese momento, nosotros vemos la mano de Nuestro Señor, que nos une por el sacramento y que permanece con nosotros, y sentimos que nos amamos el uno al otro con Su propio amor. Una condición para que los dos nos abramos al amor de Nuestro Señor en los tiempos de crisis depende de si uno de los dos al menos, puede tomar la posición de amor incondicional y sin reservas a su pareja. La razón por la que digo "uno" de los dos es que una actitud incondicional en uno permite la posibilidad de una reacción en cadena en el otro.

La relación sexual en la vida conyugal es la forma más profunda de comunicación entre los dos seres humanos. Es compartir toda su persona con el otro. No es sólo la compartición lo que tiene lugar en el momento del acto, sino el intercambio total de lo que la forma de vida diaria en sí es para el otro. La actitud hacia la pareja, el cuidado del otro en todos los detalles de la vida cotidiana determina la profundidad del encuentro a través de la relación sexual.

Si limitamos nuestra comunicación, es decir, comunicamos sólo lo que uno tiene, como el atractivo corporal como miembro del sexo opuesto, más que lo que uno es, ese acto sexual puede ser alienante y el romance puede desvanecerse sin haberse desarrollado.

Parece también que no podemos recibir la riqueza de compartirlo todo cuando nos comunicamos con el otro sólo a través de una apreciación de hechos de su propia vida con muchas áreas intelectuales y emocionales que no han sido compartidas y por tanto que no son aún "nuestras". Resulta una relación con bastante soledad y aislamiento. De igual modo, cuando nos comunicamos sólo con la idea que cada uno tiene de la imagen y esperanzas del otro, se bloquea la real apertura y aceptación y favorece el dominio del uno sobre el otro.

Dónde se prepara la encarnación de la Palabra

A medida que los años de mi vida de casada pasan, he llegado a apreciar a María desde un punto de vista distinto del que tenía cuando era soltera. Mi relación con María se ha hecho más íntima. Puedo saborear y apreciar la relación de María y José, quien ciertamente no era un hombre viejo con una especie de expresión carente de sexo en su cara, como a menudo se le representa en los antiguos cuadros sagrados. Yo me imagino al marido de María como un hombre fuerte, joven y bastante formal cuando María lo conoció tras su largo aprendizaje de carpintero. Tampoco era María una madre piadosa interesada sólo en la educación de su hijo, que obedecía a su marido movida por un sentido de obligación. Estoy segura de que María quería y amaba a José. Compartía su profunda fe y estaba orgullosa de tener un hombre así por marido. El amor que se profesaban era profundo y rico, de forma que estaban abiertos no sólo el uno al otro sino también a Dios y a los demás. Su amor conyugal era tan maduro y libre que estaban llenos de exquisito cuidado y respeto para la misión que a cada uno le había dado Dios de padre adoptivo y madre virgen. Un amor tan generoso y libre y flexible nos capacita para vivir nuestra vocación completamente.

El Dios uni-trino mostró su infinito amor a través de la encarnación de su Palabra. El unió el profundo amor conyugal de María y José con la realización de su infinito amor en la Encarnación de su Palabra. Es decir, Jesucristo,

que vino como el hombre perfecto para hablarnos del amor de Dios, tenía que pasar su niñez en el hogar de María y José antes de que empezara su vida pública. Puedo experimentar y saborear la verdad de esta realidad a través de mis limitadas experiencias como esposa y madre. Cuando mi corazón está libre de preocupaciones y abierto a mi marido mantengo con él en una atmósfera cálida un diálogo real de corazón a corazón. Puedo sentir lo que él siente y él puede sentir lo que yo siento. Me doy cuenta de mi amor a él y a la vez mi amor íntimo a Jesucristo resurge. Mi corazón está lleno de gratitud y confianza en Dios, que cuida tanto de mí. Siento un gran deseo de dar todo mi tiempo y todo lo que tengo a otros que necesiten el amor de Dios. Cuando puedo estar realmente presente en mi marido, me doy cuenta de la presencia de Dios en mí y puedo estar presente en los demás. Nuestro amor conyugal produce fruto en nuestra relación con Dios y en todas nuestras relaciones con los demás.

Sin embargo, a veces en un día normal, cuando hablo con mi marido, nuestra conversación puede ser superficial, una charla sobre acontecimientos y realidades exteriores. Puede ser una evasión cualquier tipo de conversación por una razón u otra; por ejemplo, estar absorbido en tu propio trabajo, estar muy cansado, tener miedo de que lo que voy a decir pueda herirle o porque yo estoy dolida por haberme dicho la verdad. Cuando esto sucede, me encierro en mi misma, e incluso impido la entrada de Dios en mi vida.

Hacia la misión

La pecurialidad de la misión CVX como una familia cristiana es el poder sacramental basado en la mutua relación profunda de la pareja. En la medida en que la relación es real y Nuestro Señor existe en el centro, la relación no puede ser cerrada o autocompletada sin los dos. La relación de amor es como agua subterránea manando de golpe y regando un campo alrededor. Nuestro Señor está en el centro de los dos y les une, les envía con una misión. Cuanto más sólida sea la relación más lejos pueden volar de acuerdo con su misión, como el pájaro que tiene un nido sólido y estable. Les da un espacio libre y abierto donde se pueden ayudar y desafiar el uno al otro en realizar cada uno su misión individual.

Esto tiene un valor casi inconmensurable para los dos al estar juntos y abrir su hogar también a los demás. La

gente está perdiendo hoy el verdadero significado de cada persona como individuo. Parece que uno puede ser fácilmente reemplazado como una rueda dentada de una máquina en una sociedad altamente mecanizada. El hogar de una familia que se ama muestra la importancia de que cada individuo es irremplazable; enseña lo que significa amar y ser amado, es como un oasis en el desierto humano hoy en día.

Hay actividades en las que la pareja puede participar juntos. ¿Qué y desde qué punto de vista vamos a dejar esas actividades? ¿Cuál es la señal de los tiempos ahora? ¿Cuál es la situación que nos rodea y cuál es nuestra prioridad? ¿Qué es más urgente y qué es el "magis"?... ¿El diálogo en oración de los dos ayuda verdaderamente a discernir la voluntad de Dios tras ver los pros y contras? Por lo menos para nosotros, es nuestro diálogo lo que nos da coraje para estar abiertos a una nueva llamada, a un nuevo desafío, igual que lo hacen nuestras oraciones. Confirmamos nuestra misión bajo distintas luces, a través del común discernimiento en CVX y somos enviados con su reconfortante ayuda.

La CVX local no sólo apoya la actividad de una pareja, sino que también la adopta como un apostolado común de esta CVX. Cuando mi marido y yo nos vimos envueltos en el apoyo a una escuela en Mindanao, Filipinas, que estaba dirigida por un grupo de miembros de CVX, ésta fue nuestra principal actividad. Pero un poco más tarde, se convirtió en un gran proyecto que englobaba a unos mil colaboradores en sumayoría no-cristianos. Se tomó como un apostolado en nuestro grupo CVX. Con la colaboración de un grupo de estudiantes enteramente dedicado de la universidad de mi marido, nuestra CVX organizó una asociación para ayudar a gente necesitada, como la de los barrios de la India, los refugiados de Indochina, así como la escuela para los pobres de Filipinas. Ese proyecto ha estado proveyendo experiencias enriquecedoras a los estudiantes que fueron a campos de refugiados, áreas de los barrios pobres, etc. También japoneses no cristianos empezaron con esta exposición a entender los trabajos heroicos de los miembros de CVX de Mindanao y la responsabilidad de ayudar a sus vecinos necesitados de Asia. Algunos de los estudiantes no cristianos se convirtieron al catolicismo y otros se interesaron en aprender nuestra fe. Nuestra CVX estaba inspirada y enriquecida mucho por las CVX comprometidas de otros países; a través de nuestro compromiso con sus vidas y el profundo lazo de unión con ellos, que es la base del desarrollo hacia la comunidad mundial.

De lo que me he dado cuenta que soy madre

Ser padre o madre señala una dirección concreta de nuestras ansias de servir a los demás, de ser útil a los demás. Estoy muy agradecida a Dios de que me hiciera madre de tres niños. Ellos, con su encanto, me dan la alegría y riqueza de educar a los niños. No sólo eso, también me enseñan la importancia de cada niño como ser humano, cada uno de los cuales es educado por una madre que reza por la felicidad de su hijo. El conocimiento de los diversos problemas del mundo, las diferencias entre pobres y ricos, la pobreza, la guerra, injusticia social y polución, por mencionar sólo unos cuantos, me hacen pensar en las cuestiones que me preguntaría si mis hijos estuvieran sufriendo a causa de uno de estos problemas, son el punto de partida más natural, básico y común de tratar de enfrentarse a estos problemas y de trabajar por solucionarlos.

Como madre, lo más importante que quiero enseñar a mis hijos es la apertura al Amor de Nuestro Señor: que tuvieran la sensibilidad, la flexibilidad y la libertad de ser capaces de seguir lo que ellos estén convencidos que es la voluntad de Dios, cualesquiera que sean las dificultades que puedan encontrar. Aún así, necesito transmitir este sistema de valores a nuestros hijos a través de mi relación con su padre, a través del modo en que me refiero a mi marido, él a mí a través de nuestro acercamiento común a la vida. En otras palabras, si estamos dispuestos a enfrentarnos a las dificultades generosamente, alegremente y por amor para hacer lo que Dios quiere que hagamos.

Para las familias que no tienen el beneficio de contar con el padre y la madre, uno puede por supuesto vivir la vida en apertura al amor de Nuestro Señor. Por medio de su realización con los demás son capaces de comunicar estos valores a sus hijos y así compartir una misión común.

Hace cinco años, cuando mis hijos tenían cinco, tres y dos años, asistí a la Asamblea Mundial de CVX en Filipinas dejando a mi marido y a nuestros tres hijos en Tokio durante veinte días. Mi marido me lo recomendó y fui a la Asamblea, diciendo que era importante para mi vocación. Se ofreció para atender los quehaceres domésticos y cuidar a los niños durante esos días. Sin embargo, era duro para mí decidirme a ir cuando pensaba en los niños. "Ve, madre, porque es tu tarea", me dijo el de cinco años. Para él, también mi ausencia durante tanto tiempo era el mayor desafío

que un pequeño de cinco años puede experimentar. Esta observación suya ayudó y mantuvo mucho mi decisión de partir. Me desafiaba en gran medida. Nunca olvidaré cuando, algunos días después de mi regreso de Filipinas, dijo: "A veces te echaba mucho de menos. Rezaba, pero aún así me sentía muy solo. Entonces salí a buscar un guijarro y decidí pensar en él como si fuera mi madre. Entonces cuando te echaba de menos y me sentía solo, lo cogía y lo apretaba con fuerza y retenía mis lágrimas. Después volviste, y ya no necesitaba el guijarro, así que lo tiré..."

Cuánta es la riqueza y la alegría de la fe en la vida como madre y esposa! Tal vez no sea aún el momento de hablar de esto, sino que ahora es el momento de vivir esta vida plenamente. Estoy segura, sin embargo, de que Dios está poco a poco marcándonos claramente lo que este estilo de vida es en sí. Es el ilimitado amor de Dios dado en el sacramento del matrimonio lo que nos hace capaces de vivir juntos y avanzar en confianza, esperar y desear una mejor y más profunda comprensión e intimidad entre nosotros como marido y mujer, y padres e hijos; incluso cuando experimentamos el dolor de que no sean capaces de comprendernos y relacionarnos tan profundamente como nos gustaría. El Dios uni-trino está presente en nuestro sacramento de matrimonio y nos hace capaces de avanzar confiando y amando por medio de Su Gracia, que nos administramos el uno al otro a través del sacramento del matrimonio cada día de nuestras vidas.

Setsuko Nagashima